

refiero á esas obras de vulgarización, en las cuales los autores se esfuerzan en poner al alcance de los campesinos y de los obreros un fárrago de ciencia social y económica, cuyo resultado más positivo se reduce á turbar la tranquilidad de los espíritus débiles... Precisamente un libro de esta calaña, *Las veladas del buen Jacobo*, está sometido en estos momentos al examen de la comisión. Trátase de un sargento que, de vuelta á su pueblo, conversa todos los domingos por la noche con el maestro de escuela, en presencia de una veintena de labradores; y cada conversación trata de un asunto particular, de los nuevos métodos de cultura, de las asociaciones obreras, del importante papel que representa el productor en la sociedad. He leído el tal libro, que un empleado me ha dado á conocer; me ha parecido tanto más perturbador, cuanto que oculta funestas teorías bajo una fingida admiración por las instituciones imperiales. No ofrece motivo para engañarse, es la obra de un demagogo. Así es que me he quedado sorprendido cuando he oído á muchos miembros de la comisión hablarme de él poniéndolo en las nubes. He discutido con ellos ciertos pasajes, sin que me parezca haberles convencido. El autor, ellos mismos me lo han dicho, hasta habría llegado á destinar un ejemplar de su libro á Vuestra Majestad... En este estado, señor, antes de ejercer la menor presión, he creído deber obtener su parecer, lo mismo que el del consejo.

Y miraba fijamente al emperador, cuyos vacilantes ojos acababan por posarse sobre una pleghera y la hizo girar entre sus dedos, murmurando:

—Sí, sí, *Las veladas del buen Jacobo*...

Y después, sin aventurarse más, dirigió una mi-

rada oblicua, á la izquierda y á la derecha de la mesa.

—Tal vez ustedes, señores, hayan leído ese libro, y tendría mucho gusto en saber...

No terminaba y como mascaba las frases. Los ministros se interrogaban furtivamente, contando unos y otros con que su adlátere iba á contestar, á dar una opinión. El silencio se prolongaba en medio de un malestar creciente. Era evidente que ninguno de ellos ni por el forro conocía siquiera semejante obra. El ministro de la guerra se encargó por último de hacer un gran gesto de ignorancia que abarcaba á todos sus colegas. El emperador se retorció el bigote y no se dió la menor prisa.

—¿Y usted, señor Delestang?—le preguntó.

Delestang se zaranó en su asiento, como movido por una lucha interior. Aquella interrogación tan á quema ropa le decidió. Mas, antes de soltar palabra, dirigió involuntariamente una mirada del lado de Rougón.

—He tenido en mis manos el volumen, señor.

Y se detuvo al ver los grandes ojos grises de Rougón fijos en él. Sin embargo, ante el manifiesto deseo del emperador, repuso con tembloroso labio:

—Tengo el sentimiento de no ser de la opinión de mi amigo y colega el señor ministro del Interior... A la verdad, la obra podría contener restricciones é insistir algo más en la prudente lentitud con que todo progreso verdaderamente útil debe realizarse. Mas no por eso *Las veladas del buen Jacobo* dejan menos de parecerme una obra concebida con las mejores intenciones. Las aspiraciones que en ella se encuentran expresadas para el porvenir, no atacan en modo alguno á las instituciones imperiales; son, por el contrario, algo

así como la expansión legítimamente esperada...

Volvió á guardar silencio. A pesar del cuidado que empleaba para volverse hacia el emperador, adivinaba, al otro lado de la mesa, la masa enorme de Rougón, apoyada en los codos y con el semblante pálido de sorpresa. Por regla general, Delestang era siempre del parecer del gran hombre. Así era que éste esperaba en un instante y con una sola palabra, atraerse al discípulo que se le subía á las barbas.

—Vamos á ver, hay que citar un ejemplo—exclamó, cruzando y haciendo crujir las manos.—Siendo no haber traído la obra... pero aquí tienen ustedes un capítulo que conservo casi íntegro en la memoria. El buen Jacobo habla de dos mendigos que van de puerta en puerta, por el pueblo; y, contestando á una pregunta que le hace el maestro de escuela, declara que va á enseñar á los campesinos el modo y forma de que no haya nunca ni un solo pobre entre ellos. Sigue á esto un complicado sistema para la extinción del pauperismo. Allí se encuentra uno en plena teoría comunista... El señor ministro de Agricultura y Comercio no puede en modo alguno aprobar semejante capítulo.

Delestang, bruscamente retado, se atrevió á mirar á Rougón cara á cara.

—¡Oh! en plena teoría comunista—dijo,—va usted demasiado lejos. Yo no he sabido ver allí sino una exposición ingeniosa de los principios de asociación.

Y mientras hablaba, revolvía en su cartera.

—Precisamente tengo aquí la obra,—dijo por último.

Y se puso á leer el capítulo de que se trataba. Leía con voz tan dulce como monótona. Su her-

mosa cabeza de grande hombre de Estado, adquiría, en ciertos pasajes, una expresión de gravedad extraordinaria. El emperador escuchaba con profunda atención. Parecía gozar, sobre todo, de aquellos pasajes rebosantes de ternura, páginas en que el autor hacía hablar á sus campesinos un lenguaje de simplicidad infantil. En cuanto á Sus Excelencias, sentíanse verdaderamente arrobadas. ¡Que historia tan adorable! Rougón, desertado por Delestang, á quien había hecho conferir una cartera, con la sola idea de apoyarse en él en medio de la sorda hostilidad del consejo. Sus colegas se le echaban encima por sus continuas usurpaciones de poder, por su afán de dominio que le impulsaba á tratarles como simples dependientes, en tanto que presumía ser el consejero íntimo y el brazo derecho de Su Majestad. ¡E iba á encontrarse completamente aislado! Aquel Delestang era hombre digno de ser protegido.

—Tal vez se encuentren una ó dos palabras que merezcan...—murmuró el emperador así que la lectura quedó terminada.—Pero, en resumidas cuentas, á mí no se me alcanza... ¿No les parece á ustedes, señores?

—Cosa es de todo punto inocente—afirmaron los ministros.

Rougón evitó contestar y pareció encogerse de hombros, como aguantando el nublado. Pero en seguida volvió á la carga, contra Delestang solamente. Todavía, durante algunos minutos, la discusión prosiguió entre ellos, mediante breves frases. Delestang se envalentonaba, tornándose mordaz. Entonces poco á poco, Rougón se fué encrespando. Por vez primera sintió que su poder crujía bajo sus plantas; así fué que, levantándose de repente,

se dirigió al emperador con vehemente actitud:

—Señor, se trata de una bagatela, la estampilla será concedida, puesto que Vuestra Majestad, en su alta sabiduría, estima que el libro no ofrece peligro alguno. Pero mi deber es declararlo, señor; sobrevendrían los mayores peligros tan solo con que se otorgaran á Francia la mitad de las libertades reclamadas por ese buen hombre de Jacobo. Vuestra Majestad me ha llamado al poder en circunstancias terribles. Vuestra Majestad me ordenó que no tratase, con el empleo de una moderación extemporánea, de llevar la tranquilidad á los espíritus de los que temblaban. Con arreglo á vuestros deseos me he hecho temer. Creo haberme conformado con vuestras menores instrucciones y haberos prestado los servicios que esperábais de mí. Si alguien me acusara de excesiva dureza, si se me reprochase el abuso del poder de que Vuestra Majestad me ha investido, semejante reproche, señor, procedería con seguridad de un adversario de vuestra política... Pues bien, créalo Vuestra Majestad, el cuerpo social se encuentra asimismo profundamente perturbado, y, desgraciadamente no he conseguido, en las pocas semanas que llevo en el poder, curarle de los males que le corroen. Las pasiones anárquicas rugen siempre en las hondonadas de la demagogía. No quiero ostentar esta llaga, exagerando el horror que produce; mas tengo el deber de recordar su existencia, á fin de poner en guardia á Vuestra Majestad contra los generosos impulsos de su corazón. Se ha podido confiar por un instante en que la energía del soberano y la solemne voluntad del país habían rechazado para siempre, y reducido á la nada, las abominables épocas de perversión pública. Los acontecimientos han ve-

nido á probar el doloroso error en que se estaba. Yo suplico á Vuestra Majestad, en nombre de la nación, que no retire su poderosa mano. El peligro no está en las excesivas prerrogativas del poder, sino en la falta de leyes represivas. Si Vuestra Majestad retirase su mano, vería fermentar las heces del populacho, se encontraría sin perder momento atropellado por las exigencias revolucionarias, y vuestros más enérgicos defensores en breve no sabrían ya cómo defenderos... Permítame insistir sobre el particular; por tal modo, las catástrofes del siguiente día llegarían á ser aterradoras. La libertad sin las debidas restricciones es imposible en un país, en donde existe una facción obstinada en desconocer las bases fundamentales del gobierno. Habrán de transcurrir largos años antes de que el poder absoluto se imponga á todos, que borre de las memorias el recuerdo de las antiguas luchas, que se haga indiscutible hasta el punto de dejarse discutir. Fuera del principio de autoridad aplicado con todo su rigor, no hay salvación posible para Francia. El día en que Vuestra Majestad estime que debe conceder al pueblo la más inofensiva de las libertades, aquel día comprometerá entero el porvenir. Una libertad no va sino seguida de otra segunda, luego llega la tercera, barriéndolo todo, las instituciones y las dinastías. Conviértese en la máquina implacable, en el engranaje que se apodera de la yema del dedo, atrae la mano, devora el brazo, tritura el cuerpo... Y, señor, ya que me permito explicarme con tanta libertad sobre asunto semejante, agregaré que si el parlamentarismo ha destruído una monarquía, no por eso ha de dársele un imperio que matar. El Cuerpo legislativo representa un papel demasiado absorbente de por sí; no debe asociar-

sele todavía más á la política directora del soberano; sería el origen de las más alborotadoras y de las más deplorables discusiones. Las últimas elecciones generales han probado nuevamente el agradecimiento eterno del país; mas no por eso han dejado de ofrecerse hasta cinco candidaturas cuyo escandaloso éxito debe de constituir un aviso. Hoy día la batallona cuestión es la de impedir la formación de una minoría oponente, y, sobre todo, si llega á formarse, no se la concedan armas para combatir al poder con más impudencia. Un parlamento que se calla es un parlamento que trabaja... En cuanto á la prensa, señor, lo que hace es cambiar la libertad por la licencia. Desde mi entrada en el ministerio, leo con toda atención los informes, y el hastío se apodera de mí todas las mañanas. La prensa es el receptáculo de todos los fermentos nauseabundos; fomenta las revoluciones, es la hoguera siempre viva, en que se producen los incendios. Tan sólo llegará á ser inútil el día en que se la haya podido domar y emplear su poder como instrumento de gobierno... No hablo de otra clase de libertades, de la libertad de asociación, de reunión, de hacer cuanto venga en gana. Se las pide con todo respeto en *Las veladas del buen Jacobo*; más adelante se exigirán á la fuerza. Estos son mis terrores. Entiéndame bien Vuestra Majestad: Francia necesita por mucho tiempo sentir el peso de un brazo de hierro...

Y se repetía y defendía su poder con vehemencia creciente. Y de esta manera continuó cerca de una hora, al abrigo del principio de autoridad, escudándose, envolviéndose, como quien emplea toda la resistencia de su armadura. Y, á pesar de su apasionamiento, conservaba la sangre fría suficiente para vigilar á sus colegas, para espiar en sus semblantes el

efecto de sus palabras. Los rostros de los ministros aparecían pálidos, inmóviles.

De repente Su Excelencia se calló. Guardóse un buen rato de silencio, y el emperador había vuelto á entretenerse con el cuchillo de cortar papel.

—El señor ministro del Interior ve con colores demasiado negros la situación de Francia—dijo por último el ministro de Estado.—Tengo para mí que nada amenaza hoy día nuestras instituciones. El orden es absoluto. Podemos muy bien descansar en la alta sabiduría de Su Majestad. Hasta es faltar á la confianza que nos merece abrigando temores...

—Eso es, eso es—dijeron varias voces.

—Y yo agregaré—dijo á su vez el ministro de Negocios extranjeros,—que nunca Francia se ha visto más respetada por Europa entera. Por do quiera, en el extranjero, se rinde homenaje á la política firme y digna de Su Majestad. En todas las cancillerías se sustenta la opinión de que Francia ha entrado para siempre en una era de paz y de grandeza.

Por lo demás, ninguno de aquellos señores cuidó de combatir el programa político defendido por Rougón. Las miradas se dirigían á Delestang. Este comprendió lo que se esperaba de él y dió con dos ó tres frases, comparando el imperio á un edificio.

—Es cierto que el principio de autoridad no debe ser debilitado; mas no hay que cerrar sistemáticamente la puerta á las libertades públicas... El imperio es como un lugar de asilo, un vasto y magnífico edificio cuyos indestructibles cimientos ha puesto Su Majestad con sus propias manos. Hoy sigue trabajando para elevar las paredes. No hay más sino que llegará un día en que, terminada su tarea, deberá

pensar en el coronamiento del edificio, y entonces será cuando...

—¡Jamás!—interrumpió vivamente Rougón.—¡Todo se vendrá al suelo!

El emperador extendió la mano para cortar la discusión. Sonreíase y parecía despertar de un sueño.

—Bien, bien—dijo.—Hemos salido de los asuntos corrientes... Ya veremos.

Y, habiéndose levantado, agregó:

—Señores, es tarde; almorzarán ustedes en el castillo.

El consejo había terminado. Los ministros empujaron sus sillones, se levantaron y saludaron al emperador, quien se retiró á paso menudo. Pero Su Majestad se volvió, diciendo:

—Señor Rougón, le ruego que oiga una palabra.

Entonces, en tanto que el soberano atraía á Rougón al hueco de una ventana, Sus Excelencias, al otro lado de la habitación, se apresuraron en torno á Delestang. Felicitaronle discretamente, con guiñar de ojos y maliciosas sonrisas, con todo un ahogado murmullo de encomiástica aprobación. El ministro de Estado, persona de claro talento y de gran experiencia, fué el que se mostró particularmente trivial; había sentado para sí el principio de que la amistad de los imbéciles trae la felicidad.

Delestang, modesto y grave, se inclinaba á cada felicitación.

—No, véngase usted—dijo el emperador á Rougón.

Y tomó el partido de llevárselo á su gabinete, estancia bastante angosta, atestada de periódicos y de libros dejados en los muebles. Allí encendió un cigarrillo, y luego enseñó á Rougón el modelo en miniatura de un nuevo cañón, inventado por un

oficial; el cañoncito parecíase á un juguete de niño. Expresábase Su Majestad en tono de gran benevolencia, pareciendo querer probar al ministro que continuaba distinguiéndole con todo su favor. Sin embargo, Rougón olfateaba una explicación, y quiso ser el primero en hablar.

—Señor—dijo,—no se me oculta la saña con que soy atacado en presencia de Vuestra Majestad.

El emperador sonrió sin contestar. La corte, en efecto, se había nuevamente declarado en contra suya. Acusábasele á la sazón de abuso de poder y de comprometer al imperio con brutalidades. Los infundios más extraordinarios corrían acerca de él; los corredores de palacio rebosaban de anécdotas y de quejas, cuyos ecos, todas las mañanas, llegaban al gabinete imperial.

—Siéntese usted, señor Rougón, siente usted—dijo por fin el emperador con natural bondad.

Luego, sentándose él también, continuó:

—Me zumban los oídos con multitud de asuntos, y prefiero hablar de ellos con usted... ¿Qué hay acerca de ese notario que ha muerto en Niort, á consecuencia de su arresto? Un tal señor Martineau, según creo.

Rougón dió detalles con todo sosiego. Aquel Martineau era un hombre muy comprometido, un republicano cuya influencia en el departamento podía ofrecer serios peligros. Habíasele prendido, y murió.

—Sí, eso es, murió, y esto es enojoso—repuso el soberano.—Los periódicos hostiles se han apoderado del suceso, y lo refieren por modo misterioso, con reticencias de efecto deplorable... Todo eso me tiene disgustado, señor Rougón.

Y no insistió más, y continuó todavía algunos segundos, con el cigarrillo pegado á los labios,

—Ultimamente fué usted á los Deux-Sèvres—prosiguió,—y asistió usted á una solemnidad... ¿Está usted muy seguro de la solidez financiera del señor Kahn?

—¡Oh! ¡absolutamente seguro!—exclamó Rougón.

Y entró en nuevas explicaciones. El señor Kahn se apoyaba en una sociedad inglesa muy rica; las acciones del camino de hierro de Niort á Angers se cotizaban con prima en la Bolsa; era la más bonita operación que cabía imaginar. El emperador parecía incrédulo.

—Se han manifestado en presencia mía ciertos temores—murmuró.—Usted comprende muy bien lo doloroso que sería que su nombre se viese mezclado á una catástrofe... Pero, ya que usted me asegura lo contrario...

Y dejó á un lado aquel segundo asunto para pasar al tercero.

—Lo propio sucede con el prefecto de los Deux-Sèvres, de quien están muy descontentos, según me han asegurado. Parece que ha vuelto todo aquello lo de arriba abajo. Dícese además que es hijo de un antiguo alguacil, cuyas extravagantes costumbres dan mucho que hablar en el departamento... ¿El señor Du Poizat es amigo de usted, según tengo entendido?

—Uno de mis buenos amigos, señor.

El emperador se puso en pie, y lo mismo hizo Rougón. Aquél se dirigió hasta á una ventana, y después volvió despidiendo ligeras espirales de humo.

—Tiene usted muchos amigos, señor Rougón,—dijo el emperador con cierta malicia.

—Sí, señor, muchos—contestó sin ambages el ministro.

Hasta allí el emperador había con seguridad re-

petido las chismografías del castillo, las acusaciones de las personas que le rodeaban. Pero algo más debía de saber, hechos ignorados en la corte, de que sus agentes secretos le habían informado, y á los cuales otorgaba mayor interés; pereciase por el espionaje, por todo el subterráneo trabajo de la policía. Por unos instantes estuvo mirando á Rougón con rostro sonriente; y después, con acento confidencial, como quien se regocija:

—¡Oh! estoy al tanto, mucho más de lo que querría... Allá va un hecho de poca monta. Usted ha permitido la entrada en sus oficinas á un joven, hijo de un coronel, á pesar de que no ha podido presentar el título de bachiller. Esto no reviste importancia, ya lo sé. Pero si usted se diera cuenta de la polvareda que estas cosas levantan!... Estas tontearías sublevan á todo el mundo y resulta una desastrosa política.

Rougón no contestó nada. Su Majestad no había concluído. Desplegaba los labios, como buscando una frase; pero lo que decir tenía le era molesto y vacilaba al descender hasta tal punto. Por último balbuceando agregó:

—No le hablaré á usted de ese ujier, uno de sus protegidos, un tal Merle, ¿no es eso? Se embriaga á la continua, se insolenta, y el público y los empleados ponen el grito en el cielo... Todo esto es desagradable, muy desagradable.

Después, alzando la voz, terminó bruscamente diciendo:

—Tiene usted demasiados amigos, señor Rougón; toda esa gente le perjudica. Se le prestaría á usted un gran servicio haciendo que rompiese con ellos... Vamos á ver, concédame la destitución del señor Du Poizat y prométame abandonar á los demás.

Rougón se había quedado impasible. Inclínose y dijo con acento de convicción:

—Señor, yo pido por el contrario á Vuestra Majestad la cruz de oficial de la Legión de honor para el prefecto de los Deux-Sèvres... Tengo además muchos favores que solicitar...

Sacó del bolsillo un librito de memorias y continuó:

—El señor Béjuin suplica á Vuestra Majestad se digne visitar su cristalería de Saint-Florent, cuando se dirija á Bourges... El coronel Jobelin desea una colocación en los palacios imperiales... El ujier Merle hace presente que ha obtenido la medalla militar y solicita un estanco para una de sus hermanas...

—¿Nada más?—preguntó el emperador, que había vuelto á sonreír.—Es usted un protector heroico; sus amigos le deben adorar.

—No, señor, no me adoran ni mucho menos; lo que hacen es sostenerme—agregó Rougón con su ruda franqueza.

Aquellas palabras llamaron mucho la atención del soberano. Rougón acababa de entregar todo el secreto de su fidelidad; el día en que dejase dormir su crédito, éste tendría fin; y, á pesar del escándalo, á pesar del descontento y de la traición de su banda, sólo con ella contaba, con ella tan sólo podía apoyarse, hallábase condenado á asistirla en salud, si él á su vez quería gozar de ella. Cuanto más obtenía para sus amigos, cuanto más parecían enormes y poco merecidos los favores que concedía, más fuerte el gran hombre resultaba. Con todo respeto y con marcada intención agregó:

—Yo deseo con todo mi corazón que Vuestra Majestad, para la grandeza de su reinado, conserve por luengos años á su alrededor á los ser-

vidores leales y abnegados que le ayudaron á la restauración del imperio.

El emperador ya no se sonreía. Dió algunos pasos, entornados los ojos, pensativo; parecía haber perdido el color y que era pasto de un escalofrío. En aquella naturaleza mística, los presentimientos se imponían con extremada fuerza. Cortó en redondo la conversación para no llegar á las consecuencias, relegando para más adelante el cumplimiento de su voluntad. Volvió á mostrarse sumamente afectuoso. Y, retrotrayéndose á la discusión que había tenido lugar en el consejo, hasta pareció dar la razón á Rougón, ahora que podía hablar sin comprometerse demasiado. El país no estaba en realidad maduro lo bastante para la libertad. Por mucho tiempo aun una mano enérgica debía imprimir á los negocios del Estado una marcha resuelta, exenta de toda debilidad. Y dió fin renovando al ministro la seguridad de su completa confianza; concedíale plena libertad de obrar y le confirmaba todas sus instrucciones precedentes. Esto no obstante, Rougón creyó deber insistir.

—Señor—le dijo—yo no podría hallarme á merced de la malevolencia; para llevar á cabo la pesada tarea de que en el día me considero responsable, necesito ante todo estabilidad.

—Señor Rougón—contestó el emperador,—obre usted sin temor, en la seguridad de que estoy con usted.

Y, dando por terminada la conferencia, se dirigió hacia la puerta del gabinete, seguido por el ministro. Salieron y atravesaron muchas habitaciones hasta llegar al comedor. Pero, en el momento de entrar, el soberano se volvió y se llevó á Rougón al extremo de una galería.

—¿De modo—le dijo á media voz—que usted no aprueba el sistema de ennoblecimiento, propuesto por el señor guarda-sellos? Habría deseado muy mucho verle á usted favorable al proyecto. Estudie usted el asunto.

Y luego, sin esperar contestación, agregó con su acento de tranquila testarudez:

—No corre ninguna prisa; esperaré diez años, si es preciso.

Después del almuerzo, que duró apenas media hora, los ministros pasaron á un saloncito inmediato, en donde el café fué servido. Allí permanecieron todavía unos instantes, hablando en pie en torno al emperador. Clorinda, á quien la emperatriz había igualmente retenido á almorzar, se presentó en busca de su marido, con el atrevido desembarazo de la mujer que frecuenta los círculos de personajes políticos. Tendió la mano á muchos de aquellos señores. Todos se mostraron solícitos y la conversación tomó otro sesgo. Pero Su Majestad se mostró tan galante con la joven, la acosó por tal manera, con el cuello extendido y mirando por modo significativo, que Sus Excelencias creyeron discreto y oportuno separarse poco á poco. Cuatro, y después tres más, salieron á la terraza del castillo por una puerta-ventana. Dos tan sólo se quedaron en el salón, por el bien parecer. El ministro de Estado, solícito en extremo y comunicando una actitud afable á su alta representación de gentilhomme, se había llevado á Delestang; y, desde la terraza, le señalaba París, á lo lejos. Rougón, en pie al sol, quedábase también absorto ante el espectáculo de la gran ciudad, que cerraba el horizonte, semejante á un azulado derrumbamiento de nubes, más allá de la inmensa sábana de verdura del Bosque de Boloña.

Aquella mañana Clorinda estaba en extremo hermosa. Mal pergeñada como siempre, arrastrando su vestido de seda, color cereza pálido, parecía haberse echado encima las prendas de su ropaje de prisa y corriendo, aguijoneada tal vez por algún deseo. Réfase, con los brazos caídos, y todo su cuerpo parecía ofrecerse. En un baile, en el ministerio de marina, á donde había ido de *Sota*, llevando corazones de diamantes en el cuello, en las muñecas y en las rodillas, había hecho la conquista del emperador; y después de aquella velada, pareció haber quedado siendo su amiga, bromeando sencillamente siempre que Su Majestad se dignaba encontrarla hermosa.

—Mire usted, señor Delestang—decía en la terraza el ministro de Estado á su colega,—mire usted allá abajo, á la izquierda, la cúpula del Panteón presenta un color azul celeste de belleza extraordinaria.

Mientras que el marido se maravillaba, el ministro, guiado por la curiosidad, trataba de dirigir sus miradas al centro del saloncito, por la puerta-ventana que había quedado abierta. El emperador, inclinado, parecía hablar en el rostro de la joven, la que se echaba atrás, como para huir de él, lanzando sonoras carcajadas. Distinguíase tan sólo el borroso perfil de Su Majestad, una oreja prolongada, una gran nariz roja y una boca de gruesos labios, ocultos casi bajo el estremecimiento de los bigotes; la fugaz posición de la mejilla, el rabillo del ojo entrevisto apenas, demostraban un ardor de concupiscencia, el sensual apetito de los hombres á quienes embriaga tan sólo el olor á mujer. Clorinda, provocadora de seducción, se negaba con un imperceptible movimiento de cabeza, sin dejar de

provocar con su aliento, á cada una de sus carcajadas, el apetito con tanta inteligencia encendido.

Cuando Sus Exce'lencias volvieron al salón la joven decía al levantarse, sin que se pudiese adivinar á qué frase respondía:

—¡Oh, señor, no se fie Vuestra Majestad; soy tan terca como una mula!

Rougón, á pesar de su contienda se volvió á París con Delestang y Clorinda, Esta parecía querer hacer las paces con él. No la dominaba ya aquella inquietud nerviosa que la impelía á los asuntos de conversación desagradables; hasta le miraba, de tanto en tanto, con una especie de compasión sonriente. Cuando el landó, en el Bosque inundado por el sol, rodó suavemente á orillas del lago, la joven se acomodó en su asiento, y murmuró exhalando un suspiro de satisfacción:

—¡Qué hermoso día hace hoy!

Y luego, después de haber permanecido un instante pensativa, preguntó á su marido:

—Dime ¿es cierto que tu hermana, la señora de Combelot, continúa enamorada del emperador?

—Enriqueta está loca—contestó Delestang, encojiéndose de hombros.

Rougón dió detalles sobre el particular.

—Sí, sí, siempre—dijo.—Cuéntase que una noche se echó á los pies de Su Majestad... El la levantó y la aconsejó que esperase...

—¡Pues bien! ya puede esperar sentada—exclamó gozosamente Clorinda.—Otras habrá antes que ella.

XIII

Clorinda se hallaba entonces en una expansión de extravagancia y de poderío. Continuaba siendo la gran muchacha excéntrica que correteaba las calles de París en un trotón de alquiler, para conquistar un marido, pero la joven, convertida en mujer, con el busto desarrollado y fuerte de caderas, llevaba á cabo después, con toda pausa, los actos más extraordinarios, realizando por tal modo su ensueño, por tanto tiempo acariciado, de ser una potencia. Sus interminables correrías al fondo de los barrios más ignorados, sus correspondencias inundando de cartas hasta los rincones de Francia é Italia, su continuo roce con los personajes políticos en cuya amistad se ingería, toda aquella desordenada agitación llena de inconsecuencias, sin objeto lógico, habían concluído por alcanzarle una influencia real, indiscutible. Todavía echaba á volar cosas enormes, proyectos locos, esperanzas extravagantes, siempre que hablaba con seriedad; continuaba paseando su enorme cartera desvencijada, sujeta con bramantes, llevándola en sus brazos como si fuese una muñeca, y esto por modo tan formal y convencido, que los transeuntes se sonreían, al verla pasar con sus largas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO R. VES"
Apdo. 1825 MONTERREY, CO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO R. VES"
Apdo. 1825 MONTERREY, CO.